

El mismo día de la partida del general se entregó á Mad. Slyper un billete que contenía una letra de tres mil francos pagadera á la vista contra uno de los banqueros de Amsterdam. Esta letra estaba librada bajo el pretexto de fundación de dote para seis jóvenes de las más virtuosas, de las cuales tres serían designadas por Mad. Slyper, y otras tres por el burgomaestre.

CAPÍTULO XX.

LO QUE TODOS HEMOS VISTO.

Volvamos á Mr. Loredán de Valgeneuse, á quien dejamos tendido y herido mortalmente sobre la hierba del bosque de Boulogne.

Sus dos padrinos recibieron el último suspiro después de la partida de Salvador, de Mr. de Marande y de los generales.

Es un suceso grave, es un momento solemne, cuando el amigo que habéis conducido, bromista, animado y con la sonrisa en los labios, muere entre vuestros brazos con la boca entreabierta, con los miembros crispados y con los ojos fuera de sus órbitas y trastornados.

Las emociones en tales casos, son más ó menos violentas, según es el hombre que muere, y según son también los que le ven morir.

La Providencia ha querido que la amistad, ese diamante puro y sin mancilla, sea, si no el patrimonio de los corazones puros, porque nadie puede vanagloriarse de la pureza de su corazón, al menos de los corazones buenos.

Los frívolos y viciados, solamente conocen por el nombre á esta sagrada diosa, y la ridiculizan del mismo modo que las mujeres prostituidas se burlan de las que son honradas, porque se ven imposibilitadas de envilecerlas.

No es por lo tanto necesario hacer ponderaciones acerca del dolor que experimentarían, no los dos amigos, sino los dos compañeros de Mr. de Valgeneuse, recordando que Salvador no se había engañado en su predicción, y que Loredán acababa de exhalar el último suspiro.

Ambos se vieron molestados por aquella muerte, sin que pueda aplicarse otro calificativo á su situación; sintiendo más que la muerte del amigo, el embarazo que les ocasionaba el cadáver. Penetrar en París con él, era aventurado. Las leyes sobre el duelo, bastante severas en esta época, trataban á los testigos con más severidad que al adversario que sobrevivía, el cual siempre tenía en su favor el tratar de defender su vida. Por otra parte, se veían amenazados de tener que cumplir á la entrada toda clase de formalidades demasiado pesadas; ¿y para qué ocultar su verdadera expresión? el duelo iba á ser por sus consecuencias demasiado largo, y los dos amigos tenían hambre.

Esta verídica confesión que nos vemos obligados á hacer da una idea exacta de su dolor.

Los tres habían ido al sitio en el carruaje de Loredán, y se decidió que el carruaje y los dos criados volvieran á conducir el cadáver á París y ellos irían á su lado.

Se hizo adelantar el carruaje; los dos criados tan tranquilos como si se tratara de un simple paseo de mañana, estaban colocados en sus respectivos asientos.

Es cierto que habían oído los dos pistoletazos, que habían visto después alejarse á Salvador, Mr. de Marande y

sus dos testigos, pero todo esto no les había demostrado nada positivo sobre la catástrofe.

En cuanto á la sensación que experimentaron á la vista del cadáver de su señor, tampoco fué grande. Mr. Loredán, inflexible, caprichoso y brutal, no era muy querido de sus criados y se le servía estrictamente porque era duro y pagaba con exactitud. Hé aquí todo.

Y por cierto, que esto es suficiente para los que no teniendo una parte de cariño que repartir con cuanto les rodea, juzgan inútil pedir á los demás lo que ellos tampoco les dan.

Los dos criados se contentaron por lo mismo con hacer algunas exclamaciones de sorpresa más que de sentimiento; después de las cuales creyeron haber cumplido con su deber, en cuanto al que había muerto, y ayudaron á los jóvenes á colocar el cadáver en el carruaje.

Camilo les ordenó que marcharan al paso. Necesitaba tiempo para encontrar un cabriolé y preparar á Susana el golpe que iba á recibir.

En la Porte-Maillot, los dos jóvenes encontraron un fiacre que volvía de Neuilly; le detuvieron y se hicieron conducir á la barrera de la Estrella.

Allí se apartaron, encargando Camilo á su compañero fuera á su casa á prevenir á su mujer del accidente ocurrido y de la causa que motivaba su tardanza. Seguro de que la comisión sería cumplida, se encaminó después hacia la calle del Bac.

Serían las diez y media de la mañana.

La casa de Valgeneuse tenía su aspecto acostumbrado: el suizo se chanceaba en el portalón con la modista, y la señorita Natalia, doncella nuevamente admitida, coqueteaba con un joven ayuda de cámara que había en-

trado hacia algunos días nada más al servicio de Loredán.

Cuando Camilo penetró en la habitación, Natalia reía á carcajada tendida de las flores del nuevo criado.

Hizo una indicación á Natalia; ésta se acercó, y la dijo que deseaba hablar á Susana.

— Mi señora está aún durmiendo, señor de Rozán: ¿es muy importante lo que tenéis que decirle?

No es necesario decir que Natalia acompañaba sus palabras de una sonrisa impertinente en semejante situación.

— De la más alta importancia, respondió seriamente Camilo.

— En ese caso, y si lo deseáis, voy á despertar á mi señora.

— Hacedlo cuanto antes, yo espero en la sala; y mientras que la doncella entraba en el corredor que conducía á la habitación de Susana, Camilo penetró en el salón de recibo.

La doncella se aproximó al lecho de su señora á quien la templada atmósfera de la habitación permitía dormir con el pecho y los brazos descubiertos; tenía los cabellos negros sueltos y esparcidos; su rostro de blanco mate se dibujaba sobre el fondo obscuro, y su pecho palpitaba por la agitación de algún dulce sueño.

— Señorita, murmuró Natalia al oído de la joven: señorita...

— Camilo... querido Camilo... balbuceó Susana.

— Justamente, continuó Natalia moviendo ligeramente á su señora, ahí está y os espera.

— ¿Él? preguntó Susana abriendo los ojos y mirando alrededor; ¿él? ¿dónde está?

— En el salón.

— Que entre ; pero no, dijo en seguida. ¿ Mi hermano ha vuelto ?

— Aun no.

— Que entre Camilo al gabinete, y después que cierre por dentro.

La doncella dió algunos pasos para volver á salir.

— Espera, espera, dijo Susana.

Natalia se detuvo.

— Ven, dijo la joven.

La doncella obedeció.

La señorita de Valgeneuse tendió el brazo, tomó un espejo que se hallaba colocado sobre la mesa de noche, se miró en él, y sin volver los ojos hacia su doncella, la preguntó con el tono más lánguido del mundo :

— ¿ Cómo me encuentras hoy, Natalia ?

— Bella como ayer, como anteayer y como siempre, respondió ésta.

— Sé franca conmigo, Natalia, ¿ no me encuentras un poco fatigada ?

— Algo pálida estáis en efecto, pero las azucenas también lo están, y nadie ha pensado jamás rechazar su palidez.

— En fin, dijo la joven después con un suspiro perfrumado de voluptuosidad :

Puesto que no me encuentras demasiado fea, haz entrar á Camilo en el gabinete, según te he dicho.

Natalia salió.

Á continuación, Susana se levantó lánguidamente, se puso unas medias de seda sonrosada, cubrió el pie con unas chancas de satén azul bordadas de oro, ajustó á su talle por medio de un cordón una gran bata de cachemira, anudó nuevamente sus largos cabellos sobre la parte supe-

rior de la cabeza, echó otra mirada á su tocador para asegurarse del conjunto lo mismo que se había asegurado de la fisonomía, y pasó al gabinete, en que Natalia, como mujer experimentada, había disminuído la claridad corriendo las triples cortinas de gasa, muselina y tafetán color de rosa.

— ¿ Camilo ! exclamó distinguiendo con su corazón, más que con los ojos, á Camilo de Rozán que se hallaba sentado en un confidente en el fondo de la habitación.

— Sí, mi querida Susana, sí, respondió éste levantándose y dirigiéndose hacia ella.

El la recibió en sus brazos.

— ¿ No me abrazas ? interrogó Susana echando sus brazos desnudos al cuello de Camilo.

— Perdóname, contestó éste, cerrando con sus labios los ojos adormecidos de la joven ; tengo una triste noticia que comunicarte, Susana.

— ¿ Tu mujer lo sabe todo ? exclamó la joven.

— No, respondió Camilo, todo lo contrario, la creo á cien leguas de sospechar nada.

— ¿ No me amas ya ? continuó la joven sonriendo.

Por esta vez, un ósculo fué la única respuesta de Camilo.

— Entonces, continuó la señorita de Valgeneuse temblando, ¿ vas sin duda á partir, vuelves á América por cualquier causa, ó para cualquier objeto ? te ves obligado á abandonarme, á alejarte, ¿ no es verdad ?

— No, Susana, no, tampoco es eso.

— Entonces ¿ con qué objeto me dices que me traes una mala noticia, si es cierto que tú me amas siempre y que nunca nos separaremos ?

— Es una noticia muy triste, Susana, dijo el joven bajando al mismo tiempo la cabeza.

— ¡ Ah ! ya sé cuál es, estás arruinado ; pero qué importa, bien mío ; ¿ no tengo yo suficientes riquezas para con dos, para tres, para cuatro ?

— Tampoco es eso, Susana, añadió Camilo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, dirigiendo á su amante hacia la ventana, Susana levantó precipitadamente una de las cortinas.

La luz exterior penetró entonces en la habitación é iluminó el rostro del joven.

Susana fijó su vista en Camilo, y leyó en efecto en los ojos de su amante una profunda expresión de inquietud. Pero esto nada la indicaba de positivo.

— Veamos, dijo ; mirame frente á frente, ¿ qué desgracia te ha sucedido ?

— Á mi personalmente, nada, dijo Camilo.

— ¿ Entonces es á mi ?

— Camilo dudó un instante ; después dijo :

— Si.

— Pues bien, si es á mí, puedes hablar sin temor, Camilo ; ¿ desafío todas las desgracias de este mundo, puesto que estoy segura de tu amor !

— Pero nosotros no estamos solos en el mundo, Susana.

— Fuera de nosotros, Camilo, añadió la joven con un acento apasionado, ya te he dicho que nada puede afectarme.

— ¿ Ni aun la muerte de un amigo ?

— ¿ Y qué amigos tengo ? preguntó Susana.

— Creía que Loredán era no solamente un hermano para ti, sino también un amigo.

— ¡ Loredán ! ¿ es de Loredán de quien tienes que hablarme ?

— Si, dijo Camilo con un movimiento de cabeza, y

como si sus labios rehusaran entrar en otras explicaciones.

— ¡ Ah ! añadió, ¿ quieres hablarme del duelo de Loredán ? lo sé todo.

— ¿ Cómo, lo sabes todo ? preguntó el joven estupefacto.

— Si, sé que ha insultado á Mr. de Marande en la Cámara y que deben batirse hoy ó mañana. ¡ Pero, añadió en seguida con cierta sonrisa, lo siento por Mr. de Marande !

— ¡ Susana ! dijo entonces en voz baja Camilo, ¿ y no sabes más que eso ?

— No.

— ¡ Entonces no lo sabes todo !

— La joven miró á su amante con inquietud.

— Se han batido ya, añadió Camilo.

— ¡ Ya !

— Si.

— ¡ Y el resultado !...

— Loredán...

Camilo se detuvo no atreviéndose á continuar.

— ¿ Loredán está herido ? exclamó Susana.

Rozán no contestó.

— ¿ Muerto ? añadió la joven.

— ¡ Ah !

— ¡ Imposible !

Camilo bajó la cabeza en señal de afirmación.

Susana lanzó un grito en que se descubría más ira que dolor y cayó sobre el confidente.

Camilo llamó á Natalia, y después de algunos segundos, los socorros reunidos de ambos hicieron volver á Susana.

Entonces despidió á Natalia, y cayendo en los brazos de Camilo, empezó á llorar sin reserva alguna.

En este momento, el ayuda de cámara llamó á la puerta. Prevenido por el cochero, venía á manifestar á Camilo que el cuerpo de Loredán acababa de entrar en el edificio.

En el mismo momento, Natalia volvió á presentarse en la puerta de la alcoba de Susana.

Camilo dejó á la joven sobre el confidente, se acercó á Natalia y dió una orden reservadamente.

— ¿Qué habéis dicho, Camilo?

— Un instante, mi querida Susana, contestó Camilo.

— Quiero verle, dijo Susana poniéndose en pie.

— He dado la orden de que se le conduzca á su alcoba.

Susana dejó escapar un suspiro; pero ni una sola lágrima se presentó en sus ojos.

Un instante después, Natalia volvió á presentarse.

— ¿Se le ha colocado en su lecho? preguntó la joven.

— Sí, señorita, respondió su doncella.

— Entonces, os he dicho que quería verle.

— Vamos, pues, dijo Camilo.

Y dando el brazo á Susana, trató de preparar el corazón para el espectáculo que iba á presentar á los ojos de su compañera.

Susana abrió la puerta del gabinete que comunicaba con el salón; atravesando éste con paso firme, se dirigió hacia la alcoba de su hermano.

Antes de llegar á la alcoba, era necesario pasar por una piececita cubierta de estera de la India con medias cañas de bambú.

Era la habitación en que fumaba Loredán.

Hasta las dos de la mañana los tres jóvenes habían bebido y fumado.

Todo permanecía en esta habitación, cuya atmósfera se hallaba impregnada del aroma del tabaco, el alcohol y la

vervena, en el mismo estado en que hacía poco tiempo lo habían dejado. Montones de cigarrillos se hallaban caídos sobre la alfombra; vasos pequeños á medio llenar de licor, tazas de té mediadas, y una ó dos botellas derribadas en el suelo, indicaban que los jóvenes lejos de pensar, como Jarnac, en Dios y en las cosas serias, no habían pensado más que, como la Chataigneraie, en las cosas frívolas.

Susana se estremeció al advertir una línea de sangre que atravesaba la pieza desde una puerta á la otra.

Enseñó, sin hablar palabra, la huella sangrienta á Camilo. Después, con un sollozo sofocado, sin derramar lágrimas, recostó su cabeza sobre el pecho del joven, apresurando el paso y separándose de la línea que no hubiera podido seguir sin pisar la sangre de su hermano.

Al ver este desorden, Camilo sintió á pesar suyo que la frente se le enrojecía. Una voz secreta le decía que era muy mal sistema prepararse para una cosa tan grave como un duelo bromeando, fumando y bebiendo.

No solamente le parecía que era testigo, sino hasta cómplice de la muerte de Loredán. Dominado por estas ideas penetró en la alcoba en que se hallaba tendido el cadáver.

Esta habitación ofrecía el más singular contraste que puede ofrecerse en ciertos momentos entre las cosas inanimadas y los sucesos de la vida. Más bien era la habitación de una señorita que la de un hombre.

Se hallaba cubierta de telas de Lyon, de fondo azul claro con gruesos ramos de flores de color natural atados por cintas de plata. El techo, el cortinaje de la ventana y las colgaduras de la cama eran de telas parecidas. Los muebles eran de palo de rosa, y la alfombra, de un color intermedio y como de hoja seca, daba mayor realce á los muebles y tapicería. Un espejo colocado al costado del

lecho y destinado á reflejar las más tiernas imágenes, reproducía el cadáver en toda su tensión y palidez.

Susana se precipitó sobre el lecho, y levantando la cabeza de su hermano, exclamó con un acento en el cual las lágrimas se descubrían al fin :

— ¡ Hermano mio ! ¡ hermano mio !

Camilo permaneció en pie junto á la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza un poco inclinada en actitud de recogimiento, mirando esta escena con una emoción de que él mismo se creía incapaz ; si bien es verdad que su sentimiento nacía más bien de los sollozos y las exclamaciones que exhalaba su amante, que de la vista del marmóreo cuerpo de su amigo.

Camilo dejó á la joven que expresase con toda expansión su dolor, y después, cuando vió calmada algún tanto aquella ruidosa manifestación de cariño, aproximándose á ella :

— ¡ Susana ! ¡ mi querida Susana ! murmuró á su oído.

La joven lanzó un suspiro, todos sus nervios se contrajeron, se dejó resbalar y cayó de rodillas.

Camilo la cogió una mano, y pasando el brazo por debajo de la espalda, la levantó, y sin resistencia alguna por parte de la joven, atravesó su puerta y volvió á pasar la pieza en que se fumaba y el salón contiguo, para volver á penetrar ambos en el gabinete sombrío.

Camilo, sin soltar á Susana de entre sus brazos, se dejó caer á su lado sobre un sofá.

Algunos momentos estuvo en tanto silencio aquel sitio en que se hallaban dos seres vivientes, como la fúnebre alcoba donde se encontraba el cadáver de que se acababan de separar.

Por último, Susana rompió el silencio,

— Hé aquí, dijo la joven con una voz sombría, cómo me encuentro en el mundo, sin familia, sin parientes, sin amigos.

— ¡ Olvidas que estoy yo sobre la tierra, Susana ? dijo el joven, sellando con un beso en los labios de la amante la sílaba final de la última palabra que acababa de pronunciar.

— Tú, dijo ella, tú solamente, tú me quedas, me amas ó por lo menos me lo dices.

— Dame una ocasión en que probarte que te amo.

— ¡ De veras ? exclamó la joven.

— Tan cierto es, que hasta que te he visto no he querido verdaderamente á nadie.

— Es decir, continuó Susana, que si yo encontrase en mi desgracia una ocasión en que tuvieras que demostrarme tu amor, ¿ no dudarias ?

— No sólo no dudaria, sino que la aceptaria con regocijo, con reconocimiento, como una verdadera felicidad.

— Pues bien, escucha.

Camilo se estremeció á su pesar. Le pareció que con semejantes palabras se trataba de presentar una mala idea, pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad para ocultar esta sensación que nada justificaba y contestar con la sonrisa en los labios :

— Habla.

— Mi hermano ha muerto, no dependo de nadie, con nadie tengo que guardar miramientos ; basta de temor con quien quiera que le tuviese, y sea como fuere el mundo. Soy libre, no dependo más que de mí misma y por consiguiente puedo hacer de mí lo que más me agrade.

— Sin duda, Susana, ¡ pero adónde vas á parar !

— Quiero decir que desde hoy soy tuya y que te pertenezco en cuerpo y alma.

- ¿Y bien?
- Que vivimos el uno para el otro, y que no te abandonaré ni una sola hora.
- ¿Y piensas, Susana? exclamó el joven; olvidas que...
- ¿Que estás casado? no; ¿pero qué me importa?
- Camilo pasó el pañuelo por su frente cubierta de sudor.
- Escucha, Camilo, continuó la joven, respóndeme como contestarías á Dios: ¿es á ella ó á mí á quien amas?
- El joven dudaba.
- ¡Oh! responde, porque toda mi vida depende quizás de las palabras que van á salir de tus labios; ¿para cuál de las dos vives? ¿para cuál de las dos quieres vivir?
- ¡Susana! ¡mi querida Susana! exclamó el criollo estrechándola entre sus brazos.
- Pero la joven le rechazó suavemente.
- Un beso no es una respuesta, añadió con una voz glacial.
- Es que á la verdad, Susana, tu pregunta no es una verdadera pregunta.
- No te comprendo.
- ¡Ah! añadió el joven cruzando sus manos, ¿dudas de mí?
- Entonces, ¿es á mí á quien amas? prosiguió la joven acercándole hacia su pecho.
- ¡Oh! sí, sí, á ti solamente, respondió Camilo con una voz sofocada, ¡á ti sola, y á nadie más que á ti!
- Entonces, dejemos á París en el término de ocho días, iremos al Havre, á Marsella, á Burdeos, á Brest, adonde tú quieras: allí tomaremos la primera embarcación que salga para América, para las Indias, para la Oceanía. Si un sitio no te agrada, iremos á otro, si una parte del mundo te molesta pasaremos á otra. Iremos

- adonde el barco nos conduzca y adonde el viento nos dé dirección; buscaremos un paraíso, y cuando le hayamos encontrado, nos detendremos en él.
- Pero, Susana, dijo Camilo, ¿reflexionas la fortuna inmensa que es necesaria para tener semejante vida?
- No te ocupes de eso.
- Amiga mía, mis bienes proceden en gran parte de mi mujer, dijo Camilo.
- Tú se los dejarás todos, realizaremos los míos, venderemos esta casa, reuniremos dos millones; cien mil libras de renta, y con cien mil libras de renta se dispone del porvenir.
- ¿Pero estás bien segura de poseer esos dos millones?
- Susana se estremeció; un terrible pensamiento atravesó por su mente al mismo tiempo que aquellas palabras comprimían su corazón. Temblaba de los pies á la cabeza, y sus manos, sus mejillas y su frente palidecieron y se helaron como el mármol.
- ¡Ah! dijo al fin, tú también has oído hablar de él.
- ¿De quién? preguntó Camilo.
- De nadie, de nadie, contestó Susana pasando sus manos por los ojos, como para desprenderse de una pesadilla.
- Susana, Susana, tus manos están heladas, dijo el joven.
- Sí, es verdad, tengo frío, Camilo.
- Entra en tu alcoba, bien mío; estas emociones te perjudican.
- ¡Ah! ¡Camilo! exclamó Susana con un acento desgarrador, estamos separados para siempre.
- Susana, continuó el joven verdaderamente conmovido, vuelve en ti; el dolor, el dolor te engaña; soy yo,

Camilo, estoy á tu lado, te tengo entre mis brazos y te amo.

— ¡ Oh, no ! tú sabes que he dicho la verdad ; tú también, tú también has oido hablar de él.

— Según eso, ¿ es cierto cuanto se dice ? añadió Camilo.

— ¿ Qué se dice ?

— ¿ Es cierta esa historia del testamento que empieza á susurrarse por el mundo ?

— Si, es cierta ; cuando ese hombre quiera, yo me veré más pobre, más arruinada que el niño que acaba de nacer, pues éste al menos tiene un padre y una madre al venir al mundo, y yo no tengo á nadie.

— Entonces, hay otro heredero.

— Si, Camilo, si ; lo había olvidado ; existe un heredero ; mi hermano quería realizar, quería vender, quería... ¡ insensato ! formaba proyectos, pero no se apresuraba á cumplirlos, y la muerte se lo ha impedido del todo.

— ¿ Y cómo se llama ese heredero ?

— Para nosotros, Conrado de Valgeneuse, á quien creíamos muerto ; para los demás, Salvador.

— ¿ Salvador ? ¿ el mandadero misterioso ? ¿ ese hombre extraordinario ? exclamó el americano.

Entonces todo va bien, Susana, dijo Camilo ; ese hombre se me ha interpuesto también en el curso de mi vida, y ha manchado con mano ruda mi honor. También tengo una cuenta que arreglar con Mr. Conrado de Valgeneuse.

— ¿ Qué piensas hacer ? dijo Susana temblando de temor y de esperanza á la vez.

— Le mataré, respondió resueltamente el criollo.

CAPÍTULO XXI.

EN QUE SE REFIERE CÓMO EL SOL DE CAMILO EMPIEZA Á
OBSCURECERSE.

Sin duda recordaréis, queridos lectores, y si ya no os acordáis llamaré en mi auxilio á vuestra memoria, de qué modo la joven y bella criolla de la Habana, á quien sólo se os ha presentado un instante, pero que la conocéis bajo el nombre de Camila de Rozán, había hecho su entrada en los salones de Mad. de Marande la noche en que Carmelita había cantado la romanza del *Sauce*.

Su entrada, según hemos dicho y ahora lo repetimos, había causado en todos los convidados un efecto prodigioso.

Presentada en el gran mundo bajo los auspicios de Mad. de Marande, es decir, de una de sus más graciosas soberanas, la linda criolla se había hecho la hermosura de moda en muy pocos días, y se deseaba su presencia en todos los salones de París. Morena como la noche, sonrosada como el cielo de Oriente, los ojos llenos de vida, y los labios cubiertos de deseos, Mad. de Rozán, con una mirada, con una sonrisa, se captaba no solamente la voluntad de los hombres sino también la de las mujeres ; así es que en medio de un salón, se asemejaba á un planeta rodeado de satélites.

Mil victorias se la atribuían ; pero no se contaba ninguna derrota por su parte, en lo que no se hacía más que justicia. Era viva, ardiente, apasionada y á su pesar quizá